

CAPITULO I.

Partida de México. Aspecto del camino. Paso por Rio frio. Su hermoso bosque, y vista que presenta en todo el tránsito: insidentes del viaje y temor con que ántes se hacia el paso por esos lugares. Una jóven viajera. Nuestro llegada á Puebla.

Con el corazon traspasado de dolor y los ojos arrasados en lágrimas salimos de México: eran las cuatro de la mañana del dia 2 de Febrero de 1866, nuestro pensamiento estaba fijo en nuestra familia, á quien desprendiéndonos de sus brazos, acabamos de dar al postrer adios.

La diligencia atravesó con nótable rapidez las calles de la Capital en aquellas horas desiertas y silenciosas, y pronto nos encontramos ante la garita de San Lázaro por donde salimos.

Las tinieblas de la noche envolvian aún en su denso manto la tierra; la pálida luz de las estrellas arrojaba sobre nosotros su melancólico esplendor; nuestra mirada se esforzaba con la avidez del viajero, queriendo descubrir á través de

aquel denso velo el panorama que la oscuridad de la noche ocultaba á nuestra vista.

¡Inútiles deseos! la oscuridad nos circundaba por doquier, y solo palpabamos las tinieblas. . . .

La naturaleza entera parecia dormida; al fin salió de su letargo al nacimiento de la aurora, que con sus risueños colores y su mágico esplendor desvaneció las tinieblas, prestando al campo esos tintes seductores del crepúsculo matinal.

Los objetos comenzaron al principio á aparecer en confusas sombras, despues á destacarse con toda claridad ante nosotros.

La diligencia continuaba con rapidez su marcha, y nuestra vista se fijaba con anhelo y curiosidad en el camino que seguia: no presentaba á la verdad grande incentivo.

No se veian en él esos campos cuidadosamente cultiavados; ni se notaba esa naturaleza ehxuberante de vida, que tanto deleita y halaga la vista; por el contrario, era árido, despoblado y sin atractivo.

Nuestra mirada se extendia en el espacio, y encontrábamnos por límite una cadena de montañas, y desiertos y espaciosos campos: ¡aquella soledad, aquel silencio, agradó por un instante á nuestro corazon abatido! Pero pronto la monotonía de cuanto se presentaba á la vista co-

menzó á fastidiarnos; y como á esto se agregaba un polvo horrible y sofocante, que no dejó de atormentarnos; bien pronto se apoderó el cansancio y fastidio de nosotras, hasta que afortunadamente el sueño, ese dulce amigo de la humanidad, que mil veces nos libra de las penas, angustias y tormentos, vino á cerrar nuestros cansados párpados y á proporcionarnos algunos instantes de reposo.

Este era á cada instante interrumpido por los continuos saltos de la diligencia; más luego tornábamnos á nuestro letargo.

Largas fueron las horas que permanecimos así; el calor, el cansancio, el polvo, todo contribuia á tenernos en ese estado, hasta que al fin despedimos al sueño con energía, y nos pusimos de nuevo á contemplar el camino.

Eran entónces las diez de la mañana, no ofrecia el campo cosa alguna notable; se veia en todo la misma monotonía, solamente se interrumpia ésta cada cuatro horas, deteniéndose la diligencia para mudar caballos; algunas veces aprovechábamnos esta detencion para bajar algunos momentos, y dar ligeros paseos; contemplábamnos entónces curiosas cuanto nos rodeaba. pero teniamos pronto que volver á entrar á la estrecha cárcel, para proseguir nuestro viaje.

Serían como las doce y media cuando algo nuevo interrumpió esta situación enojosa; unos cuantos tiros hirieron nuestro oído; la escolta creyendo que había algún peligro, se acercó á pedir órdenes para adelantarse á reconocer el terreno, y la diligencia hizo alto.

Nos encontrábamos cerca de Rio-frio, tan célebre y afamado por los frecuentes asaltos que allí se verificaban.

Madriguera en otros tiempos de ladrones; Rio-frio es un lugar delicioso por la espesura de sus bosques: en él se ven muchos arbustos tan unidos, que en algunos lugares los rayos solares encuentran una barrera impenetrable; se respira un ambiente agradable; se admira una agua deliciosa; y la frescura de este lugar hace recobrar al viajero las fuerzas perdidas por la agitación, el polvo y el calor del camino. En él se ven regadas de trecho en trecho algunas cruces de tosco madero, tristes vestijios de las desgraciadas víctimas, que allí han sido inmoladas, y á las cuales la piedad cristiana ha dedicado esa memoria. Jamás se penetra en Rio-frio sin el recuerdo de esas tristes y horribles escenas, y sin que le acompañe un secreto pavor, especialmente á medida que se interna uno en el bosque, llenándose el corazón de temor.

Los ojos se fijan entónces con horror en algu-

nos socabones abiertos á los lados del camino que á creer lo que se refiere eran ántes las guaridas de los bandidos y ladrones, que poblaban este misterioso bosque.

Con los lúgubres relatos, que tanto abundan cuando tiene que transitarse por esos lugares, cada arbusto nos parece que esconde tras sí un asesino, y la imaginación exaltada nos presenta los cuadros más desoladores de la devastación y el espanto. ¡Pobre Rio-frio! ¿Porqué en tú seno se han brigado tantos malhechores? Porqué tú funesta celebridad ha corrido hasta los confines de la Europa, como el baldon de nuestra patria, siendo tú el horror de los que por allí pasan? Desgraciado lugar, destinado por su belleza á causar gratas impresiones, y desdichado, porque la espesura de sus árboles, que es lo que constituye su hermosura, también alimenta y es-cuda el crimen!

Afortunadamente no es ya esta parte del camino lo que ántes era. y el viajero puede transitar por él sin el temor y agitación que ántes se experimentaba; pero nosotras participábamos de un pavor secreto, y nos asaltaban pensamientos lúgubres y sombríos.

En tal disposición de espíritu nos encontrábamos, cuando los tiros se hicieron oír; como está-

bamos todavía algo distantes de la población, y por decirlo así en el seno del bosque, no dudamos que se repetiría entónces lo que tan frecuentemente ántes sucedía; es decir, que aparecieran los ladrones y asaltarán la diligencia.

Es preciso, sin embargo, confesar que nuestro temor no era tan grande; estábamos en una edad en la que no se sabe medir el peligro, y en la que la imaginación se complace en todo lo que causa alboroto y agitación.

Además, desde nuestra salida de México, nos venía acompañando una escolta bien armada, compuesta de 25 hombres; era pues difícil que nos sucediera algún fracaso.

Estábamos tranquilas asomando la cabeza por las portezuelas de la diligencia, cuando un episodio nos vino á servir de verdadera diversion.

Detras de la diligencia que nos conducía, venían otras dos; los pasajeros que ellas traían, al oír los primeros tiros, sin duda creyeron que tenían ya á los bandidos á diez varas de distancia, porque se oyeron gritos destemplados, y fervientes plegarias; las voces eran de mujeres indudablemente, porque no se notaba entre ellas el sonido de la de ningún hombre; pero era tan exagerada la alarma que tenían, que no pudo ménos que divertirnos en extremo; el miedo causa risa

siempre, y nuestras compañeras de viaje se sentían tan poseídas de él, que sus clamores y su confusión crecían á cada momento.

Esto, como hemos dicho, nos proporcionó un rato de hilaridad, que aumentó nuestro buen humor, al ver el desenlace de aquel lance.

Las diligencias permanecieron paradas como diez minutos, y el jefe de la escolta, que se había adelantado para ver lo que había, volvió al fin.

Los tiros no cesaban, y la agitación de nuestras compañeras de viaje crecía notablemente.

Comenzábamos á alarmarnos ya por la tardanza, cuando el jefe de la escolta se acercó á la diligencia y dijo, que eran cazadores los que estaban tirando á poca distancia de nosotras.

Esta noticia difundió la calma en los corazones; á los gritos de espanto sucedieron las voces de alegría, y las diligencias continuaron de nuevo su camino, celebrando nosotras aquel incidente que había roto la monotonía del viaje.

Después de más de media hora de camino, la diligencia se detuvo en la población de Río-frio: descendimos de ella, y nos internamos en el restaurant, donde debíamos descansar algunos instantes.

Era la una, y después de sacudir el polvo de que estábamos cubiertas, nos sentamos á la mesa:

el viaje siempre abre el apetito, y á pesar de que la comida no era buena, nosotras no comimos mal.

La natural curiosidad en estos casos, nos hizo dirigir una mirada investigadora sobre nuestros compañeros de viaje: de pronto se detuvo en una mujer: era jóven y bella, aunque en su rostro se dejaban ver las huellas de una vejez prematura; vestía un traje negro, y en sus brazos tenía una pequeña niña como de dos años de edad, y bella como un ángel: en el semblante de aquella mujer había un sello de tristeza.

Separada del resto de los viajeros, y sentada en un ángulo de la pieza, contemplaba con ternura á la preciosa niña que jugaba en sus brazos, miéntras una sonrisa llena de amargura entreabría sus lábios: impulsadas por un natural interés nos dirigimos hácia ella, ocupamos un asiento á su lado, y entre la desconocida y nosotras se entabló el diálogo siguiente:

—Viene vd. sola?

—Sí.

—A dónde se dirige vd?

—A los Estados-Unidos.

—Viene vd. de México?

—Sí.

—Porqué no trae vd. alguna compañía?

—Porque no tengo en el mundo más pariente que esta tierna niña, nos dijo; pero vengo recomendada á un caballero; y al hablar así, como si algun pensamiento triste cruzase por su mente, se llevó la mano á la frente, y dos lágrimas brillaron en sus ojos.

Aquel dolor, aquel misterio, aumentó nuestro interés; íbamos á dirigirle aún algunas preguntas, cuando la voz del cochero, que daba la señal de partida, interrumpió nuestra conversacion estrechamos la mano de la desconocida, é imprimiendo un beso en la frente de la niña, nos unimos á nuestra familia, y subimos de nuevo á la diligencia vivamente preocupadas con nuestra misteriosa compañera, y deseando mucho conocer su interesante historia.

La diligencia emprendió su marcha; el calor era insorpotable, y el polvo volvió de nuevo á ahogarnos en sus espesos torbellinos.

El camino continuó con esa uniformidad fastidiosa, que produce el cansancio.

Trascurrieron seis horas, sin que nada nuevo prestara incentivo á nuestro viaje, á las ocho de la noche, nos detuvimos ante la estacion de Puebla; respiramos de contento, pues habíamos terminado la jornada.

La escolta se separó de nosotras; la diligencia continuó abanzando.

Alguna fiesta se celebraba allí sin duda; pues varias fábricas que habíamos visto á nuestro paso, se hallaban adornadas de luces, y en la ciudad habia multitud de gente, que hacia resonar el aire con sus gritos de alegría, y los muchachos corrían tras los toritos de fuego, llenos de contento.

De pronto desapareció aquella animacion, porque dejando los barrios, penetramos en el interior de Puebla, y á las nueve de la noche nos detuvimos ante la casa de diligencias; pronto nos internamos en ella gozosas, buscando el reposo y el descanso. tan dulce despues de las fatigas del dia.

CAPITULO II.

La ciudad de Puebla, su situacion geográfica, su fundacion y estension, sus productos é industria, sus calles, plazas, templos y edificios públicos y privados, sus establecimientos, paseos, fábricas y mercados. Impresion que causa su vista.

La ciudad de Puebla, capital del Estado y obispado de ese nombre, está situada en un hermoso valle sobre la gran mesa de la cordillera, á la altura de 2,577 varas sobre el nivel del mar, en los $19^{\circ} 2' 4' 5'$ de latitud boreal; y $2^{\circ} 2' 16'$ de longitud oriental del meridiano de México.

Fué fundada en 23 de Setiembre de 1531, y con rapidez se convirtió en una hermosa ciudad, ocupando hoy el segundo lugar, entre las grandes capitales de la República por sus hermosos edificios, su poblacion, y trato fino y delicado de sus habitantes.

Estando rodeada por los rios de Atoyac, San Francisco, y Altezeca, tienen las aguas una cor-

riente fácil, que proporciona la ventaja de que poco tiempo despues de una lluvia fuerte y de alguna duracion pueda trancitarse por sus calles libremente; éstas corren en direccion N. E. y S. E., son anchas, con empedrado y banquetas, y no pocas completamente enlozadas; las cuales presentan una hermosa vista, y mucha comodidad.

En 1796 se dividió la ciudad en cuarteles y manzanas; ahora hay de las segundas 205, que comprenden 2,996 casas, sin contar las que componen los suburbios.

Tiene además 26 plazas y plazuelas, algunas muy pequeñas, pero otras de buen tamaño, principalmente la plaza mayor, que es muy extensa, y de bellísima apariencia.

Adornan y surten la ciudad, 44 fuentes, abastecidas por un límpido y hermoso manantial, que se halla á una legua de distancia en direccion al Norte.

Entre sus mejores edificios llaman sobre todo la atencion, la Catedral que se consagró el 18 de Abril de 1649, templo hermoso y espacioso, con 117 y $\frac{1}{2}$ varas de longitud, sobre 60 y $\frac{3}{4}$ de latitud, está situada en la plaza mayor. Su arquitectura es bella y elegante, su hermosa fachada tiene mucha semejanza con la de la Catedral de Mé-

xico, y está adornada con lujo y esmero; en cuanto á su interior, no pudimos juzgarla, porque era de noche, y se hallaba el templo cerrado.

El palacio Episcopal y el del Gobierno llaman tambien la atencion por su construccion y arquitectura. En el segundo se encuentra la contaduría y los archivos. La ciudad contiene además tres hospitales: el de San Juan de Dios, el de San Pedro y el de San Roque; todos están atendidos con mucho cuidado y limpieza.

Existe tambien un Hospicio de pobres, que se abrió el 17 de Marzo de 1832, en el cual se trabajaba el lino, y se fabricaban varios géneros y tejidos de buena calidad.

El Parian se encuentra léjos del centro de la ciudad.

El Teatro es de bella construccion y de figura agradable y conveniente; se estrenó el 25 de Mayo de 1860.

La casa de niños expósitos y la mancion de San Juan Nepomuceno, fundada para eclesiásticos pobres, son de una agradable arquitectura.

Tiene un museo, que se abrió el 16 de Setiembre de 1828, y contiene hasta 1226 objetos de antigüedades, historia natural, etc., la escuela de dibujo se haya muy adelantada, y se encuentra asistida por buenos profesores.

Existen además cuatro colegios para hombres: el de San Luis, el Nacional que tuvo privilegio en 1578; el Seminario Conciliar; el de San Pablo; y varios para niñas muy bien asistidos.

Cuatro cárceles, la principal para hombres y mujeres; el presidio para los primeros, y la reclusión para las segundas, llamada las recojidas. Adornan la ciudad dos paseos principales, la alameda y el paseo nuevo, espaciosos y de bello aspecto.

En la parte eclesiástica se halla dividida en parroquias, que son: el Sagrario, San José, el Santo Angel, la Cruz y San Marcos: setenta y un templos y capillas.

Antes de la reforma habia nueve conventos de religiosos, once de religiosas, y el Oratorio de San Felipe Neri, con una casa para ejercicios espirituales. En la parte militar cinco cuarteles, dos para caballería, y tres para infantería.

La poblacion pasa de cien mil habitantes.

El clima de Puebla es sano, su cielo puro, y sus habitantes industriosos, piadosos, afables, corteses, ilustrados, hospitalarios y generosos.

El mercado está abastecido no solo de lo necesario, sino de lo que puede incitar el apetito y el buen gusto. Puebla es una de las ciudades más industriosas y comerciales.

En punto á manufacturas poseé fábricas de hilados, vidrios, jabon, tecali, y loza de la mejor calidad; y como se ha despertado entre sus habitantes un génio emprendedor, es de creerse llegará á ser en no mucho tiempo la primera ciudad manufacturera de la República.

En sus alrededores existen baños muy saludables, sulfúricos y minerales.

Sus fortificaciones son muy notables y presentan una defensa en que el valor y el heroismo pueden distinguirse mucho. ¹

La impresion que nos causó esta ciudad fué muy agradable, solo pudimos contemplarla al claro de la luna; pero sus hermosos portales, sus bellos edificios, la regularidad de sus casas, su espaciosa plaza, fijaron nuestra atencion: recorrimos apesar del cansancio las principales calles de la ciudad, y á las ance regresamos al Hotel, en donde al breve rato, reclinadas en nuestro lecho, vino un sueño dulce y tranquilo á proporcionarnos el reposo.

¹ Datos tomados de atlas de la República Mexicana que hace esta descripcion.